de Jesús sobre su propia misión en el instante mismo de la encarnación nos parece excesiva, ya que esta proposición no es más que una variante (cf. aparato crítico de los LXX) del "me has preparado (o abierto) el oído" del texto hebreo del mismo salmo. Hemos elegido este texto por las resonancias que luego tiene en todo el problema de la ciencia y la conciencia de Jesús, cuestión que por otra parte nos parece fundamental para un replanteamiento actual de toda la cristología; planteamiento que el autor rechaza en el examen o recensión de algunas obras importantes modernas.

En forma semejante el texto de Jn 1,14, "lleno de gracia y de verdad" no se puede entender desde la perspectiva de la teología posterior de la gracia, sino desde el Antiguo Testamento, pues es una versión de aquellos apelativos de Yahvé "lleno de misericordia y fiel" —el "hesed" y el "emet"— que tanto se repiten en la Biblia (cf. p. ej. Ex 34,6; Os 2,16 y sobre todo los Salmos).

En resumen, creemos que el autor ha pretendido avanzar en el campo de la cristología, pero partiendo de una mentalidad claramente esencialista y demasiado escolástica. Por eso no es fácil lograr un entendimiento y una valoración positiva de la postura de otros teólogos actuales que se sitúan dentro de un esquema de tipo personalista y más existencial. El libro conserva, no obstante, su valor como un buen resumen de la cristología cara a las clases.

M. GESTEIRA

W. SOMINIS, *Ecclesia Visibilis et Invisibilis* (Frankfurter Theologische Studien 5. Band). — Verlag Josef Knecht. Frankfurt am Main, 1970. — 155 × 225 mm. — XIII + 133 págs.

El autor de este libro, formado en la Facultad Teológica del Frankfurt, estudiando la doctrina agustiniana sobre la gracia y el pecado, se ha visto como obligado a tratar de la Eclesiología, en una época y región, muy adecuadas para conocer los orígenes y los primeros pasos de esta rama teológica.

Con el título de *Ecclesia visibilis et invisibilis* emprende una investigación sobre la doctrina eclesiológica de Tertuliano, S. Cipriano, de los Donatistas, de Optato de Milevi, y de S. Agustín, a quien se dedica la parte principal, porque en él alcanza su mayor esplendor, no sólo por las muchas ideas que supo transmitir a la posteridad, sino también por el carácter orgánico que ofrecen, enlazándose con el problema de la religión en general, y con su concepción de las relaciones entre espíritu y forma, mundo visible e invisible, Dios y el mundo.

La Iglesia africana, por circunstancias históricas particulares, se vio obligada a defenderse de los cismáticos, y a reflexionar sobre sí misma, sobre su esencia, su estructura y sus relaciones con el mundo ambiente. Más que en la Iglesia de Roma, se desarrolla la Eclesiología en la de Africa, para legar a la posteridad ideas que han formado el tesoro secular de su teología.

Ya Tertuliano se presenta como pensador original y fuerte, como acuñador de fórmulas que se repetirán a lo largo de los siglos. Sus ideas eclesiológicas aparecen ya como formando dos grupos; uno, en que la Iglesia se presenta como entidad histórica, empírica, diferente de toda otra entidad social, por su doctrina, por su derecho, por su tradición; en el otro se realza la Iglesia como esencia espiritual, como portadora de valores eternos. Ambos aspectos, lo visible y lo invisible, el empírico y pneumático, caracterizan a la Iglesia, si bien Tertuliano, al final de su carrera, o en la época montanista, dio excesivo realce a lo puramente espiritual o a la santidad, pues sólo los santos forman la "esposa y la virgen de Cristo".

Estos dos grupos de ideas subsistirán en la Iglesia de Africa, aunque matizándose según el genio particular de los autores.

También S. Cipriano tiene el mérito de haber reflexionado sobre la Iglesia, señalando algunos aspectos, como el dualismo entre la jerarquía y el pueblo, y la función de los pastores, que son centro de la unidad en las comunidades fieles.

Pero su teología del bautismo le puso en oposición con Roma, y según el autor, cedió también a la antigua tradición espiritualista africana, según la cual sólo los elegidos y puros forman el pueblo de Dios.

La autoridad de S. Cipriano dio armas a los donatistas que llevaron el rigorismo espiritual a un extremo violento, separándose de la Iglesia católica y formando un partido, la *pars Donati*, que dice S. Agustín, en oposición con la plenitud universal, que sólo tiene la Iglesia de Cristo. Sólo ellos, aun siendo pocos, forman la *ecclesia sancta*, de la que están excluidos los pecadores.

El Obispo Optato de Milevi comparte con S. Agustín la gloria de haber dado cuerpo a la Eclesiología africana, sobre todo, esclareciendo la naturaleza del bautismo, que era objeto de controversia con los donatistas. El primer sacramento es una "obra de Dios", o "cosa de Dios", donde actúa la misma Trinidad. *Sacramenta per se sancta sunt, non per homines,* es el gran principio antidonatista que desarrollará también S. Agustín.

Los dos grupos de ideas de la Eclesiología africana, que se han indicado sobre el aspecto jurídico, institucional, visible, y sobre el aspecto espiritual e invisible, lograron en Optato una expresión equilibrada.

Así abrió el camino para S. Agustín a quien se dedica la segunda parte del libro (51-122 pp.).

Ampliamente describe el autor los rasgos de la personalidad de S. Agustín como filósofo, cristiano y hombre de Iglesia, en quienes se abrazan las más rigurosas exigencias para ilustrar los temas de Dios, de Cristo y de la Iglesia. La Eclesiología está íntimamente ligada a la personalidad de S. Agustín, aún como filósofo, si bien él rectificó el dualismo platónico de materia y espíritu, mundo visible e invisible, cuerpo y alma, siguiendo la inspiración de los principios cristianos. Lo mismo que S. Cipriano, el Obispo de Hipona se vio obligado a resolver el problema: *Ubi*

est Ecclesia?, y a reflexionar mucho sobre él. Aun siendo laico y componiendo el libro *De vera religione*, él identificó la verdadera religión con la verdadera Iglesia, la *magna, catholica, humilis Ecclesia*. A la *humilitas Ecclesiae*, como rasgo dio el Santo una gran importancia, vinculando con ella la caridad, la unidad, la paz. Contra la concepción exageradamente espiritualista, que anula el *corpus visibile*, sin negar las exigencias más árduas de la santidad de los miembros, S. Agustín admite el *corpus permixtum*, la Iglesia compuesta de trigo y paja, de buenos y malos; pues buenos y malos reciben los mismos sacramentos: *in Ecclesiae sacramentis boni et mali versantur*.

Las tesis principales como *Ecclesia mater*, *Ecclesia Corpus Christi*, así, como la teología sacramental del bautismo, de la Eucaristía y de la penitencia, se ilustran conveniente. El autor polemiza con algunas opiniones de Ratzinger, el cual tiende a identificar la *ecclesia magna* con el *mundus sensibilis* de Platón y la *ecclesia sancta* con el *mundus intelligibilis*, como si esta última no fuera visible y sensible o como si los malos no pertenecieran también a un mundo inteligible. Es muy arriesgada la aplicación de estas categorías platónicas a la Iglesia, tanto más que ni el mundo inteligible de Platón es el mundo inteligible de S. Agustín, Obispo y eclesiólogo.

Mérito suyo es, juntamente con el de Optato, haber dado un particular realce al elemento visible, institucional y sacramental a la Iglesia, y el haber liberado para siempre la mente católica de los sofismas donatistas acerca del bautismo o del ministerio sacramental, y del espiritualismo rigorista, que sólo da lugar en la Iglesia a los predestinados y a los santos.

Lo interior y lo exterior, lo visible y lo invisible pertenecen al verdadero semblante de la Esposa de Cristo. El autor pone empeño en enlazar la interpretación de la visibilidad e invisibilidad de la Iglesia con S. Agustín, como platónico y metafísico, pero también como teólogo y obispo de la Iglesia, a quien no sólo interesaba el aspecto visible o invisible, el externo y el interno, sino también la diferencia entre lo bueno y lo malo. "Y aun suponiendo, dice, que en la esfera teórico-filosófica, no haya superado totalmente su antiguo dualismo, en su vida y en la teología que desarrolló en sus sermones al pueblo hiponense, elaboró una maravillosa síntesis, porque vio que la primera y fundamental forma de amor se manifiesta en la humildad de la adhesión y confesión concreta de una Iglesia visible y una. El tuvo que soportar en sí como hombre, teólogo y obispo la tensión entre carne y espíritu, entre la interioridad existencial y la exterioridad de su ministerio en la Iglesia, que como tal está en el mundo y con todo, como cuerpo de Cristo, tiene su corazón anclado en lo alto". Así lo visible y lo invisible se compenetran y vivifican entre sí. S. Agustín llevó dentro de su corazón la tensión entre ambos mundos, y le ayudó a resolver los problemas de la Iglesia de su tiempo.

VICTORINO CAPANAGA